Globethics Repository



Las dos izquierdas [The two left]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Petkoff, Teodoro
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-11 02:33:31
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/218789

Las dos izquierdas

Después de la Guerra Fría, muchos partidos de la llamada «familia de la izquierda latinoamericana» modernizaron sus doctrinas y se alejaron del socialismo real, buscando profundizar la equidad social y la democracia. Sin embargo la izquierda no es homogénea. Hay otra corriente de inspiración radical que actúa mediante el personalismo, el autoritarismo y el control férreo de los poderes públicos, lo que la sitúa al borde de la democracia formal. Aunque el auge de la izquierda no parece coyuntural ni efímero, las diferencias de estilo y contenido que afloran frente a la hegemonía estadounidense, son una prueba para su vocación democrática y su perdurabilidad.

Teodoro Petkoff

Con la reciente asunción del mando de Tabaré Vázquez en Uruguay, se marca un nuevo hito en el copernicano viraje hacia la izquierda que se viene dando en el continente latinoamericano y caribeño. Desde el decano de todos los gobiernos, el cubano de Fidel Castro, hasta el uruguayo de Vázquez, con el Brasil de Luiz Inacio «Lula» Da Silva, la Guyana de Bharrat Jagdeo, la Argentina de Néstor Kirchner, el Chile de Ricardo Lagos, la Venezuela de Hugo Chávez, el Panamá de Torrijos, la Dominicana de Leonel Fernández, son ya nueve los regímenes considerados de izquierda en la región. Si a esto añadimos, como fenómeno emparentado, que en Nicaragua el sandinismo parece encaminado hacia el retorno al poder, en El Salvador el Frente «Farabundo Martí de Liberación Nacional» controla el Parlamento y la mayoría de las municipalidades, en

Teodoro Petkoff: economista y político venezolano; fundador del Movimiento Al Socialismo y activista siempre comprometido con la causa de la izquierda latinoamericana; ex-ministro de Economía y ex-candidato presidencial; actualmente dirige el diario *Tal Cual*, Caracas.
Palabras clave: izquierda, democracia, autoritarismo, discurso «bolivariano», América Latina.

Bolivia, el Movimiento Al Socialismo ha devenido la primera fuerza política del país, y en México el Partido de la Revolución Democrática con Andrés Manuel López Obrador se abren paso hacia la Presidencia, se puede decir que estamos en presencia de una tendencia histórica, de un cambio profundo en el humor político del continente y no de episodios aislados, casi casualidades dispersas en el tiempo, como lo han sido Cuba (1959), Chile con Salvador Allende (1970) y Nicaragua con el sandinismo (1979).

Los pueblos del continente, masas urbanas y rurales, más allá de los partidos tradicionales y de las prédicas de sus dirigentes, están colocando sus esperanzas y expectativas en la casilla izquierda del espectro político

Los pueblos del continente, masas urbanas y rurales, más allá de los partidos tradicionales y de las prédicas de sus dirigentes, están colocando sus esperanzas y expectativas en la casilla izquierda del espectro político. Después de décadas de dictaduras militares desarrollistas y de democracias populistas y/o neoliberales, el balance, ofrecido en conjunto –rehuyendo todo maniqueísmo y sin equiparar unas y otras ni detenernos en los matices específicos–, ha sido un legado de degradación institucional, corrupción y crecimiento económico precario y contradictorio, que condujo hacia las sociedades más injustas y desiguales del planeta –en permanente crisis social e inestabilidad política.

Falsos dilemas

Por paradójico que luzca a primera vista, este fenómeno es inseparable del colapso del imperio soviético. Desaparecido éste, y con él la lógica de la Guerra Fría, los movimientos y partidos progresistas del mundo –y en particular los de América Latina y el Caribe, tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos–, ya no tropiezan con ese techo que colocaba a sus aspiraciones el implacable determinismo de las «esferas de influencia», que derivaba del «equilibrio del terror» entre la URSS y EEUU. Ambas superpotencias se cuidaban mucho de permitir en sus respectivos ámbitos geopolíticos la emergencia de gobiernos de los cuales sospecharan siquiera una mínima posibilidad de que pudieran, de un modo u otro, servir a la estrategia global del archirrival. Más aún, una regla no escrita de la confrontación era la de reducir la protesta ante los abusos de cada parte en «su» esfera a meras formalidades diplomáticas. Ni la URSS ni EEUU se mostraron dispuestos a apretar los botones nucleares por la «defensa» de Hungría, Checoslovaquia, Polonia o Afganistán, en un caso; ni por la de Guatemala, Santo Domingo, Nicaragua o Chile, en el otro. Estaba sobreentendido que cada su-

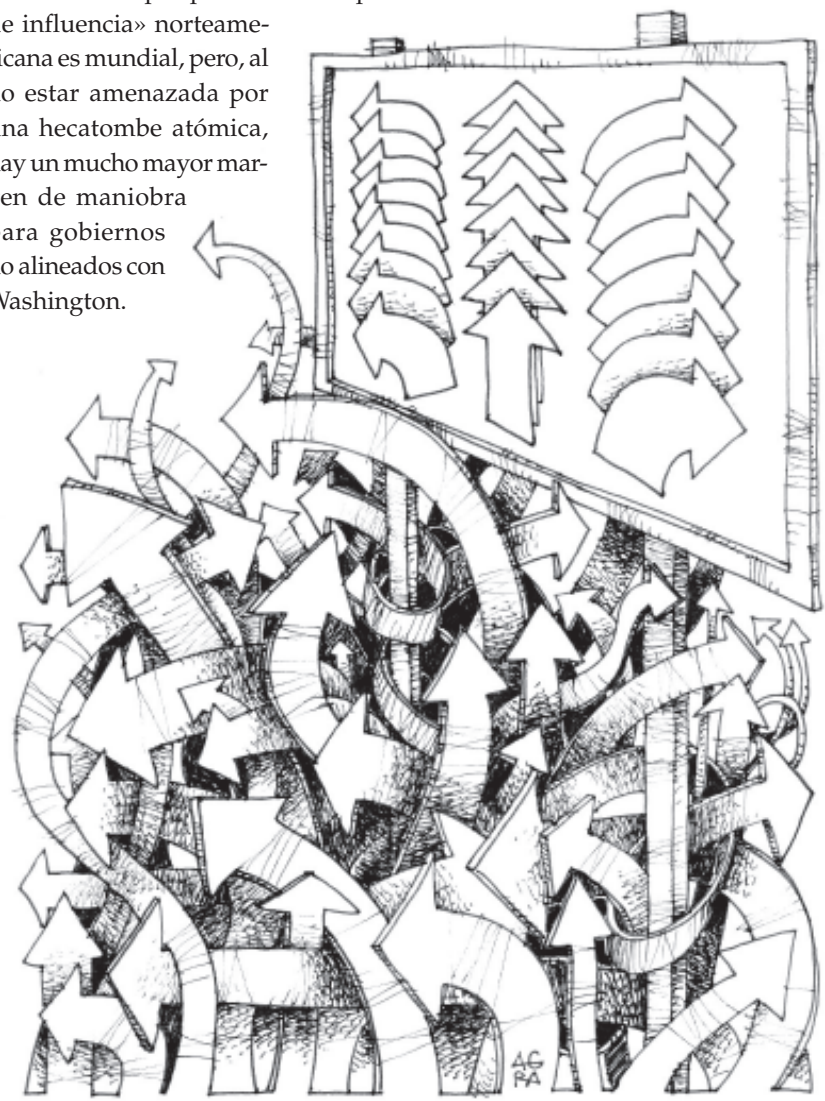
Los* policy makers *norteamericanos dejaron de percibir en gobiernos de izquierda en América Latina y el Caribe una amenaza a sus intereses estratégicos

perpotencia tenía «derecho» a impedir –e incluso a destruir si no lograba lo primero–, la instalación de fórmulas políticas en países de «su» área de influencia que no se ajustaran a sus respectivos paradigmas geopolíticos y geoestratégicos. Si bien este escenario fue perturbado por la Cuba que se declaró socialista en 1961 y se colgó de la percha soviética –como consecuencia de un proceso inesperado, que tomó por sorpresa a EEUU, colocándolo ante un *fait accompli*–, la crisis de los cohetes, en octubre de 1962, llevó a un acuerdo que aunque toleraba, ciertamente, la permanencia del gobierno revolucionario, cerró toda posibilidad de que el territorio cubano pudiera ser utilizado por la URSS con propósitos militares. También evidenció que las esferas de influencia de cada parte eran intocables. Desde luego, también estaba implícito el «derecho» de cada superpotencia a respaldar y hasta promover movimientos políticos afines en el «otro lado» –sin desmedro de que pudieran desentenderse de su suerte si ésta comprometía el equilibrio.

El mundo era dinámico y ambas superpotencias lo sabían. De lo que se trataba era de que ese dinamismo no excediera los límites que cada imperio consideraba inviolables para su seguridad: EEUU invadió Santo Domingo, propició el pinochetazo en Chile y armó a la contra en Nicaragua. En parangón, la URSS invadió Hungría, Checoslovaquia y Afganistán, y auspició el golpe de Jaruzelski en Polonia. África y el Sudeste asiático constituían una suerte de «tierra de nadie», donde los dos grandes bloques se confrontaban, de manera vicaria, sin que ello afectara especialmente el balance de las esferas de influencia, cualquiera fuera el desenlace del enfrentamiento. Así, las guerras de Corea, Vietnam, Zaire, Angola, Etiopía, no alteraron el *statu quo* del planeta.

Todo esto cambió al desaparecer la URSS. Los *policy makers* norteamericanos dejaron de percibir en gobiernos de izquierda en América Latina y el Caribe una amenaza a sus intereses estratégicos. Ya no había un gran rival del cual se temiera que pudiera instrumentalizarlos. Mucha menos paranoia y menos síndrome del Dr. Strangelove predominan ahora entre quienes toman las decisiones en EEUU. Sin embargo, después de que se esfumaron las ilusiones sobre un Nuevo Orden mundial –denominación que se dio a la *Pax Americana*–, y sobre el hegelo-fukuyámico «fin de la historia», el mundo se complicó de nuevo. Estados Unidos acentuó a escala latinoamericana la guerra contra el narcotráfico. Al terrorismo se le declaró una guerra mundial. Estos enemigos globales, sin

embargo, no están encarnados en ninguna gran potencia con colmillos nucleares, de modo que en el continente americano el espacio para políticas y gobiernos no necesariamente complacientes con Washington no ha sido clausurado a la manera como lo estuvo durante el largo medio siglo de la Guerra Fría. No existe, al menos hasta ahora, una nueva dialéctica entre bloques planetarios de poder. En tiempos de la URSS, EEUU jamás habría invadido a Irak, que está en el bajo vientre de lo que fue la gran potencia comunista. Ahora, en cambio, mueve sus tropas por todo el mapamundi. La «esfera de influencia» norteamericana es mundial, pero, al no estar amenazada por una hecatombe atómica, hay un mucho mayor margen de maniobra para gobiernos no alineados con Washington.



La hipoteca del socialismo real

Al mismo tiempo, los partidos de izquierda hoy gobernantes en América Latina y el Caribe tampoco responden al estereotipo maniqueo acuñado por los gringos: «izquierda igual comunismo». No solo desapareció la URSS sino que el movimiento comunista mundial está reducido a la condición de pieza arqueológica. Nunca hubo grandes partidos comunistas en América Latina y el Caribe pero, en tanto que brazos políticos de El Vaticano soviético, poseían una innegable influencia –que podía llegar hasta el chantaje sobre el conjunto de la izquierda, llevando a esta, por ejemplo, a silenciar cualquier observación crítica a la URSS y al «socialismo real». Para aquella, la asociación con el comunismo y con la URSS, así estuviera llena de fricciones y plagada de contradicciones y desencuentros, constituía una pesada hipoteca, de la cual resultaba difícil librarse porque los adversarios de la izquierda, los políticos y los voceros de los poderes fácticos de la derecha, hacían del anticomunismo y de la denuncia del régimen soviético –y en nuestro caso continental, del cubano– uno de los fundamentos esenciales de su política.

La desaparición de la URSS pareciera haber creado condiciones para que la izquierda restablezca su autonomía ideológica y política. No carga ya con el peso muerto de lo que significó el modelo totalitario, dictatorial y económicamente fracasado de la URSS, que, según la propaganda de sus adversarios, sería el «espejo» de las proposiciones progresistas, y que, por lo mismo, producía un potente efecto disuasivo en nuestros países. Tampoco puede ser jaqueada o chantajeada por el movimiento comunista. La relación con Cuba posee sin embargo algunas características especiales (no por una afinidad político-ideológica, que salvo en el caso de Chávez, el MAS de Bolivia y el sandinismo, no existe en casi ningún otro de nuestros movimientos de izquierda, aunque produce también un efecto-demostración inhibitorio semejante al que producía la siniestra imagen de la URSS).

La izquierda y sus perfiles

Ahora bien, el concepto «izquierda» puede ser mistificador. Encubre mucho más de lo que revela y aplicado indiscriminadamente puede conducir a gruesos errores de apreciación. La izquierda, como la derecha, posee muchos matices. Así como entre los polos de Hitler y Churchill, por ejemplo, cabe cualquier cantidad de expresiones del pensamiento conservador, entre los polos de Stalin y Tony Blair, también por ejemplo, existen muchas gradaciones desde el centro hacia la izquierda. Pero, a los efectos del análisis cabe señalar, *grosso modo*, la

existencia de dos izquierdas en la América Latina actual, dos grandes corrientes en ella, en modo alguno homogéneas, sino, cada una, con variados matices específicos. Una de las dos grandes tonalidades de la izquierda es la que tiene hoy como exponentes más significativos a los gobiernos de «Lula» Da Silva, Lagos, Kirchner y ahora Vázquez y, con un perfil más bajo, a los gobiernos de Fernández, Torrijos y Jagdeo. La otra gran corriente cuenta con Castro y Chávez como sus figuras más prominentes. Entre estos dos personajes y los movimientos políticos que los sustentan existen importantes diferencias y sería un error equipararlos, pero tan estrechamente relacionados como están hoy, configuran el polo latinoamericano de la izquierda arcaica, asociable, todavía, por la gracia de Fidel, a lo que fue el movimiento comunista mundial, y desvaído reflejo de la luz, ya apagada, de la estrella soviética.

Dos corrientes de la izquierda coexisten en el continente y aunque superficialmente pueden ser tomadas como una misma «familia», son visibles las contradicciones que las oponen entre sí

Estas dos corrientes de la izquierda coexisten en el continente y aunque superficialmente pueden ser tomadas como una misma «familia», son visibles las contradicciones que las oponen entre sí. El Partido de los Trabajadores brasileño, el socialismo chileno, el Frente Amplio uruguayo y el peronismo, vienen de una larga lucha contra feroces dictaduras militares y en el último medio siglo han pasado por las más variadas experiencias, que van desde la clandestinidad, episodios de lucha armada que involucran a algunos de sus actuales componentes (sobre todo en Brasil, Uruguay y Argentina), la vida parlamentaria, el ejercicio de gobiernos regionales y locales y hasta, en el caso chileno, del nacional. Hundidas sus raíces en la historia continental, ya más que secular de las luchas sociales, la reflexión sobre su propia e intensa práctica política y sobre la del «socialismo real» ha llevado a estos partidos a dejar atrás los infantilismos de izquierda y a internalizar los valores democráticos como componentes *sine qua non* de los proyectos de cambio social. El voluntarismo –tan propio del leninismo, del maoísmo y del fidelismo–, ya se conoce que termina en desatinos como la «zafra de los 10 millones de toneladas» en Cuba o el «gran salto adelante» y la «revolución cultural» maoístas, sin hablar del *tour de force* que fue la revolución bolchevique. En el campo de la economía, donde a fuerza de cometer y sufrir las consecuencias de los errores propios y, sobre todo, de los ajenos –los del modelo soviético–, se sabe bien que la macroeconomía puede tomarse terribles venganzas sociales cuando se la maneja con desaprensión e irresponsabilidad.

En Chile, el pinochetazo y la dictadura hicieron pagar a la nación el costo de los excesos «revolucionarios» de la ultraizquierda

Sin la estridencia falsamente radical de la izquierda borbónica (esa de la cual, como de la Casa Real, se puede decir que ni olvida ni aprende), la otra corriente marcha por un camino de reformismo avanzado, que compatibiliza la sensibilidad social con la comprensión de que las transformaciones en la sociedad pasan por el desarrollo económico con equidad y por el fortalecimiento y profundización de la democracia. Sin lo segundo, la preocupación social naufraga en las turbulentas aguas de la inflación y el estancamiento económico o, como en el caso cubano, en la dictadura totalitaria como mecanismo de control social y de sobrevivencia en el poder, cada vez más acentuado el autocratismo dictatorial mientras más desfallece la economía.

No obstante, esta izquierda no escapa a la tensión permanente entre el compromiso con las ideas y el sentido pragmático y práctico a que la obliga la percepción realista del entorno en el cual actúa. Tal tensión alimenta un debate incesante, que se remonta, si de buscar antecedentes se trata, a los de la Primera y la Segunda Internacional, y que no pocas veces produce escisiones y desprendimientos en los partidos que la encarnan.

En Brasil, el PT vive frecuentes debates internos, seguidos de pequeñas escisiones, entre el *mainstream* ideológico del partido y sus tendencias ultraístas. Es evidente que los conductores del partido comprendieron temprano que para evitar el vía crucis que padeció Salvador Allende con los ultras se precisaba la mayor intransigencia frente a éstos. La ultraizquierda petista ha preferido montar tienda aparte y eso ha sido lo mejor para el proceso político brasileño, marcado por el avanzado reformismo del PT y de «Lula». En Uruguay, los primeros pasos de Vázquez apuntan en el sentido de «Lula» y de Lagos y no en el de Chávez. No sería extraño que el Frente Amplio pase por discusiones semejantes a las que vive el PT. Argentina constituye un caso especial porque el peronismo, globalmente considerado, no posee una filiación izquierdista, pero proviniendo los actuales gobernantes, comenzando por Kirchner, de la izquierda «montonera», puede considerársele hoy como parte de ese variopinto clan de gobiernos de avanzada social en el continente. Pero del peronismo es poco probable que se pueda esperar nada parecido a las contradicciones propias de la izquierda «clásica». En Chile, el pinochetazo y la dictadura hicieron pagar a la nación el costo de los excesos «revolucionarios» de la ultraizquierda, y ha sido la memoria de aquello la vacuna que protege de esta última al gobierno de Lagos,

quien no ha tenido que lidiar, como Allende, con las estériles provocaciones del ultrarradicalismo, que tanto contribuyó a tender la cama al gorilismo revanchista.

De la paleorrevolución fidelista ya es poco lo que se puede agregar, pero el confuso «bolivarianismo» de Venezuela sí llama mucho la atención y parece poseer la capacidad expansiva que hace rato perdió la Revolución cubana

Finalmente, dentro de esta gran corriente, como gradaciones más moderadas, más hacia el centro y bastante menos sometidas a las disyuntivas ideologizadas que caracterizan a los casos ya citados, se debe ubicar a los gobiernos del Partido de la Liberación Dominicana, del Partido Revolucionario Democrático panameño y del Partido Progresista Popular guyanés. Fruto, el primero, de la turbulencia política y social que siguió a la desaparición del trujillato, ha encontrado en el sobrio y centrado liderazgo de Fernández una conducción sin sobresaltos, que lo ha llevado ya dos veces al Gobierno. El PRD panameño es heredero del torrijismo y conducido ahora por el hijo del finado coronel Omar Torrijos, ensaya vincular el nacionalismo que hizo posible «la entrada al Canal» (Torrijos decía que él no quería entrar a la historia sino al Canal), con una opción social –que no estuvo, por cierto, entre las prioridades del primer Torrijos, pero que es visible, aunque muy matizada por la ortodoxia económica, en el discurso de su hijo Martín. El PPP de Guyana, hoy gobernante, es el partido que fundaran Cheddi y Janet Jagan, y que en 1953 dio origen al primer gobierno de filiación relativamente marxista en el continente. Posteriormente ha ocupado varias veces el Gobierno, pero la barrera idiomática y cultural ha hecho que la izquierda latinoparlante mire poco o nada hacia Guyana y, en general, hacia el Caribe anglo-francófono.

La otra gran vertiente de la izquierda latinoamericana y caribeña es la que tiene como figuras descollantes a Castro y a Chávez. El *appeal* romántico de esta izquierda –con los consiguientes disparos de adrenalina que provoca el castrochavismo–, encuentra eco en algunos países donde la izquierda parece lista para acceder al poder (Nicaragua, Bolivia y El Salvador) así como en los grupúsculos de la ultra continental y en los restos fosilizados del viejo comunismo, al igual que en algunos movimientos sociales del tipo de los piqueteros argentinos o de los *sem terra* brasileños, que aunque despierta una simpatía difusa más allá de estos sectores, no engrana con las corrientes de masas de la izquierda suramericana. De la paleorrevolución fidelista ya es poco lo que se puede agregar, pero el confuso «bolivarianismo» de Venezuela sí llama mucho la aten-

ción y parece poseer la capacidad expansiva que hace rato perdió la Revolución cubana.

Sin embargo, conviene hacer algunas precisiones respecto de los tres países donde el castro-chavismo cuenta con epígonos. En El Salvador, el FMLN es el mayor grupo político en el Parlamento y ganó la mayoría de los concejos municipales, pero se cerró a sí mismo la victoria en las elecciones presidenciales porque al optar por una candidatura tan sectaria como la de Schafik Handal, secretario general del Partido Comunista, no podía abrir brechas en el centro político y limitó su alcance. Handal, sin duda, fue un regalo de los dioses para la declinante derecha de ese país. Es esta corriente interna en el FMLN la que se identifica con Chávez.

En Nicaragua, el Frente Sandinista de Liberación Nacional, aunque luce individualmente como la principal fuerza política, ha vivido un acentuado proceso de descomposición ética y política que permite abrigar dudas acerca de lo que cabe esperar de un gobierno suyo, si es que ganara las elecciones. También en el FSLN se produce la disyuntiva entre las dos izquierdas. En el sandinismo –aunque más exacto sería hablar ahora de «danielismo»– la impronta fidelista es muy profunda y por ello no puede extrañar su alineamiento con el castro-chavismo, pero es evidente que en su seno tiene lugar una lucha no resuelta entre las dos izquierdas, de la cual el último episodio ha sido la expulsión de Herty Lewites, ex-alcalde de Managua, y el antecedente más lejano, aunque entonces sin mayores consecuencias sobre el partido, la de Sergio Ramírez. Hoy, sin embargo, la contradicción parece mucho más profunda que cuando Ramírez desafió el liderazgo de Daniel Ortega.

En Bolivia, el MAS de Evo Morales se consolida como la fuerza política más importante y sus vínculos con el chavismo venezolano son públicos y notorios. El MAS posee la interesante característica de constituir la primera expresión política autónoma de la población indígena, que es mayoritaria en Bolivia, pero que siempre desempeñó un rol ancilar respecto de las fuerzas políticas. Con la emergencia del MAS, que marca un punto de flexión en la política de ese país, se produce el más hondo proceso de inclusión social y política que haya conocido Bolivia. En la revolución de 1952, los indígenas, que fueron, ciertamente, objeto de las reformas que el Movimiento Nacionalista Revolucionario propició, ahora emergen como sujetos de su propia historia. Como es comprensible, hay en su conducta política una mezcla de modernidad y atraso y, además, muchos siglos de opresión, sometimiento y humillación explican el «sarampión» radical de algunas de sus posturas y la identificación con las del paradig-

ma revolucionario castro-chavista. Los tiempos próximos dirán si el MAS logra trascender el etnicismo y realizarse como una fuerza que asume de modo integrador la diversidad étnica de la sociedad, a la manera como lo hizo el Congreso Nacional Africano, bajo la conducción de Nelson Mandela, o si quedará atrapado en el indigenismo, cristalizándose así una peligrosa fractura racial en la sociedad boliviana, con consecuencias impredecibles en un país tan complejo y complicado como Bolivia, presa, por añadidura, de tendencias centrífugas que amenazan su propia integridad territorial. Por cierto que siendo Bolivia un vecino con el cual Brasil comparte vastos intereses, a «Lula» le convendría desarrollar una relación estrecha con el MAS y con Morales, contribuyendo a que éste se aleje del falso radicalismo y se acerque a las posturas de la izquierda moderna.

Ideológicamente, se apoya en una utilización instrumental del potente mito bolivariano, suerte de religión laica venezolana

Habría que añadir unas pocas palabras acerca de la significación que dentro de este cuadro podría adquirir una eventual victoria electoral, en México, de Andrés Manuel López Obrador, casi seguro candidato del Partido de la Revolución Democrática. No es fácil que gane, pero no sería tampoco una sorpresa; de hecho hoy puntea las encuestas presidenciales. A pesar de las tendenciosas comparaciones que hace la derecha mexicana entre AMLO y Chávez, las circunstancias de ambos países son tan distintas que esa tentativa de asemejar un gobierno del mexicano al del venezolano no pasa de ser una tontería para engañar incautos, pero poca duda puede caber que una presidencia de izquierda en el otro gran país latinoamericano marcaría un salto cualitativo en la política hemisférica.

El discurso «bolivariano» y la encrucijada de la izquierda

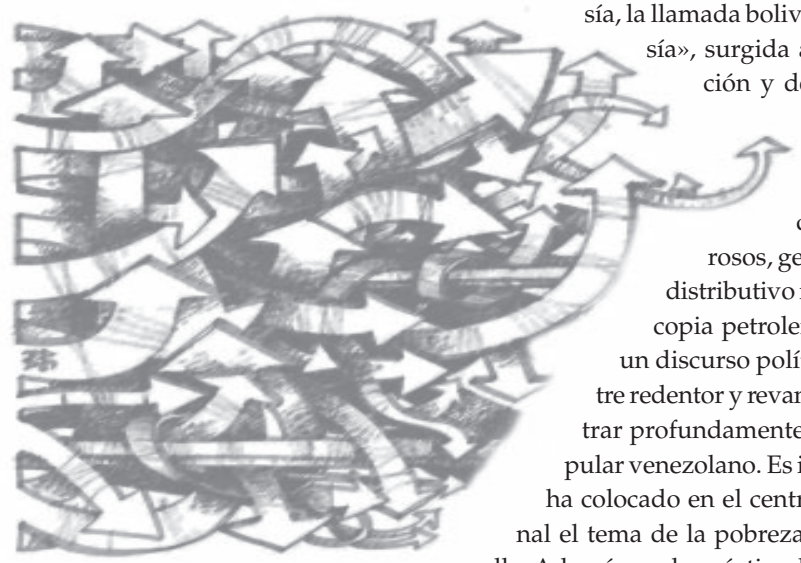
Resta por decir algunas palabras sobre el fenómeno chavista. Surgido de la confluencia del militarismo nacionalista con distintas corrientes del naufragio marxista-leninista y de la izquierda grupuscular, conforma un movimiento y un gobierno esencialmente personalista, con fuertes rasgos de militarismo, mesianismo, caudillismo y autoritarismo, plasmado en un discurso con claras resonancias del fidelismo «sesentoso», que encuentra eco en vastas capas de la empobrecida masa popular venezolana. Ideológicamente, se apoya en una utilización instrumental del potente mito bolivariano, suerte de religión laica venezolana, de difícil comprensión en otros países del continente, donde la huella del procerato libertador no posee, ni de lejos, la profundidad que tiene en el

alma venezolana. El recuerdo de Bolívar, paradójicamente, ha sido cultivado desde hace bastante más de un siglo sobre todo por nuestros hombres fuertes, como un modo de legitimar sus desmanes con el aval de ultratumba de El Libertador, pero, por los retorcidos senderos de las frustraciones colectivas, entró hondamente en la psicología popular venezolana. Otros también lo han utilizado como herramienta política, pero ninguno con la fuerza y la eficacia de Chávez.

El discurso «bolivariano» ha estado unido, hasta ahora, a un planteamiento vago y más bien emocional, de redención social, pero más recientemente trata de dársele mayor profundidad conceptual, asociándolo caprichosa y hasta grotescamente a la búsqueda de un contenido específico para el inefable «socialismo del siglo xxi», que acaba de poner en órbita Chávez. El discurso de Chávez ha ido derivando, a lo largo de seis años, desde el planteamiento «humanista», recurriendo mucho a la imaginería cristiana, al anti-neoliberalismo, luego al anticapitalismo, para arribar, hace poco, a la proposición de «inventar el socialismo del siglo xxi». Todo esto sobre el telón de fondo de un nacionalismo que ahora muestra un altisonante acento antiimperialista, muy a lo Fidel Castro, dentro del marco de una creciente confrontación verbal con el gobierno de George Bush. Pero, y hay que tenerlo muy claro, el principal activo del chavismo lo constituye el vigoroso y carismático liderazgo de Chávez, quien, por añadidura, generosamente lubricado por un petróleo de precios siderales, ha podido construir un enlace afectivo y emocional con millones de venezolanos en un plano que en ocasiones se acerca a lo mágico-religioso[1].

1. El ejercicio de gobierno es ambivalente. Chávez nada en dos aguas. Una, la de la democracia, a lo cual la constriñe la fuerte cultura y tradición democrática del país, así como la influencia del entorno interamericano y que mantiene los rasgos formales de la vida democrática (partidos políticos, pluralidad sindical y gremial, libertad de expresión, etc.). Otra, la del autoritarismo, donde la «fisiología» formal de la democracia está minada por una práctica cada vez más dura y autocrática del poder (instituciones del Estado bajo control absoluto del presidente, tendencia a la obliteración de los espacios democráticos, presiones constantes sobre los medios de comunicación, tendencia a la «judicialización» de la política, etc.). No es el de Chávez un gobierno dictatorial y mucho menos totalitario a la cubana, pero tampoco es una democracia. Autoritario, militarista, con fuerte propensión autocrática, la afirmación de su poder personal es el alfa y omega del comportamiento de Chávez, quien ha hecho de la lealtad al jefe la piedra de toque de su política. La concentración de poder en manos de Chávez sólo es comparable a la que protagonizó el general Juan Vicente Gómez, nuestro dictador durante 27 años –lo cual, por cierto, no implica asemejarlos en otros aspectos. La formación militar –que por su propia naturaleza no es democrática sino afincada en las ideas-fuerza de disciplina vertical, subordinación escalonada de unos mandos a otros, procedimientos no deliberativos–, converge con la tradición dictatorialista, autoritaria y no democrática de la izquierda borbónica, para producir este peculiar régimen, donde el presidente no es el primero entre sus iguales sino un tótem reverenciado, cuya palabra es la primera y la última en todas las decisiones de gobierno. Típicamente, alrededor del caudillo se va espesando una atmósfera de adulación y miedo, cada vez más repugnante. De modo que si de «inventar el socialismo» se trata, lo actuado hasta ahora quizás permite

Aunque Chávez ha embestido con éxito, hasta ahora, contra el antiguo *establishment* político-social, la destrucción de los privilegios de este, que no se produce dentro del contexto de un proyecto societal alternativo, ha dado lugar, y no podía ser de otra manera, a la aparición de nuevos privilegiados políticos e incluso a los embriones de una nueva burguesía, la llamada bolivariana o «boliburguesía», surgida al calor de la corrupción y de los negocios con el Gobierno. Sin embargo, un gobierno que ha enfrentado y derrotado a los poderosos, gestor de un populismo distributivo munificente (la cornucopia petrolera da para todo), con un discurso política y socialmente entre redentor y revanchista, ha logrado entrar profundamente en el imaginario popular venezolano. Es innegable que Chávez ha colocado en el centro de la escena nacional el tema de la pobreza y de la lucha contra ella. Además, en la práctica, la implementación de un *set* de programas sociales –las famosas «misiones»–, algunos de ellos de indiscutible validez conceptual, aunque sea opaca y sospechosa de corrupción y favoritismo su aplicación, ha reforzado, sin duda, el vínculo con los sectores populares.



De un año para acá, Chávez ha introducido una variable en su discurso, casi inexistente hasta entonces: el choque verbal con el gobierno de Bush y con el «imperialismo yanqui». De hecho, Chávez, inclusive, omitió durante dos años toda denuncia pública sobre la participación del gobierno de Bush en el golpe de abril de 2002. Manejó el tema con suma prudencia, evitando señalamientos directos en ese sentido. Hoy, sus acusaciones a ese respecto, junto a las que hace, casi paranoicamente, sobre un supuesto plan gringo para matarlo, así como la utilización de un lenguaje durísimo contra el presidente de EEUU, que llega hasta la grosería, se han transformado en un *leit motiv* de su prédica mundial, respondiendo a los nada velados ataques del Departamento de Estado.

concluir que lo que va surgiendo de ese propósito se orienta más hacia los modelos fracasados que hacia una versión democrática del socialismo –aunque no necesariamente se transforme en un clon de aquellos y logre conservar, aunque en menor grado, la ambigüedad que lo caracteriza hoy.

Entre las dos grandes alas de la izquierda latinoamericana y caribeña hoy gobernantes, a pesar de sus discrepancias, existen múltiples vasos comunicantes

Pero, simultáneamente con la belicosidad verbal contra el gobierno de Bush, el venezolano adelanta una política exterior realmente audaz, aunque exageradamente vocinglera y hasta provocadora, en comparación con la serena pero mucho más efectiva de «Lula», por ejemplo. Tocando la melodía del «mundo pluripolar», Chávez, con una activa diplomacia personal, cuyo combustible es el petróleo, ha estrechado lazos con Rusia, China, India e Irán. Aunque a veces actúa como un elefante en la cristalería suramericana, ha fortalecido, más allá de la retórica integradora, vínculos políticos y económicos con Brasil y Argentina, manejando sin complejos el petróleo como herramienta política y adelantando, en ocasiones, gestos tan extravagantes como el de comprar deuda argentina.

Sin embargo, la instrumentalización del resentimiento social, la intimidación innecesaria de la clase media, la ineficiencia administrativa, el conflictivismo permanente, la segregación política y social de sus opositores y la corrupción rampante, cuestionan la viabilidad del chavismo como proyecto de transformación social profunda y han estancado su expansión interna. Este no ha logrado abrir brecha en esa mitad del país que lo adversa, manteniéndose, aunque con menor crispación después del referéndum revocatorio (15 de agosto de 2004), la polarización social y política que ha caracterizado el periodo que arrancó en 1999. El chavismo es una fuerza popular, ciertamente, pero no una fuerza integradora de la nación. Hay, además, signos inquietantes en el cielo, que parecieran anticipar un curso poco democrático y excesivamente estatizante en el desenvolvimiento del proceso chavista, y, por tanto, condenado al fracaso. Pero, mejor repitamos con Marx: hay que dejar al futuro hablar por sí mismo.

Los vasos comunicantes

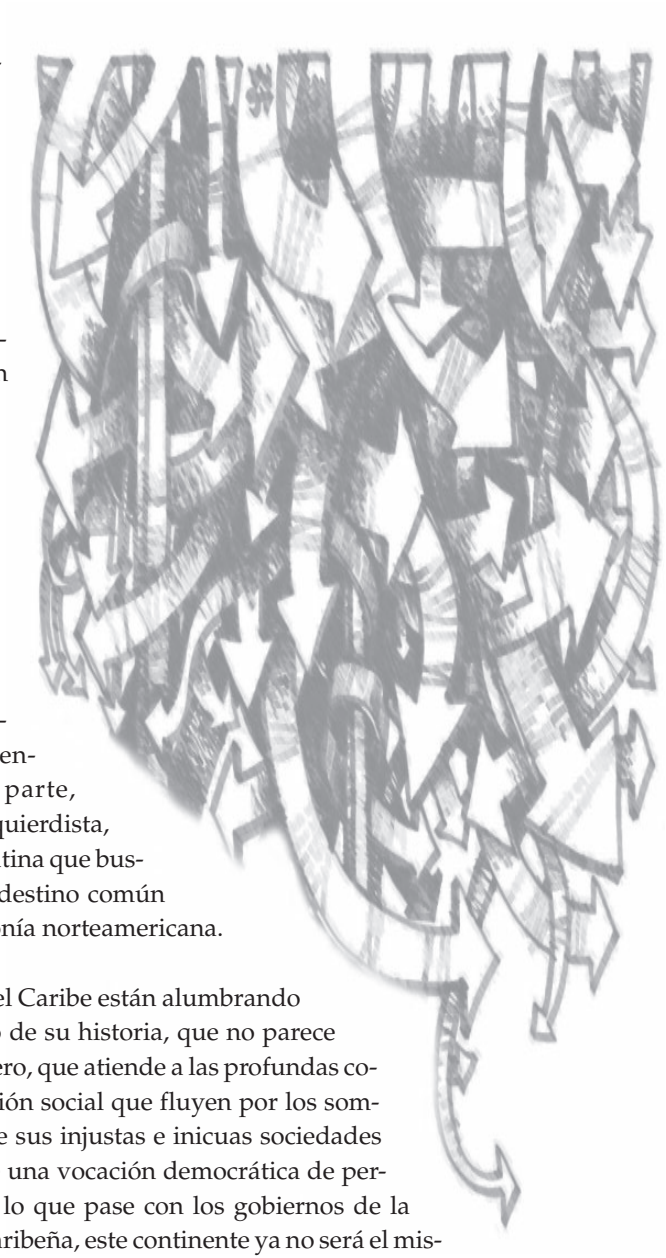
Entre las dos grandes alas de la izquierda latinoamericana y caribeña hoy gobernantes, a pesar de sus discrepancias, existen múltiples vasos comunicantes y luce apresurado pensar que sus evidentes contradicciones conceptuales y de estilo puedan producir una fractura entre ellas.

Para la izquierda moderna y democrática, que metabolizó la experiencia de la lucha armada y la crisis del modelo soviético así como las desventuras del allendismo y el sandinismo, que no se asoma al espejo cubano, las relaciones

con la izquierda borbónica, conservadora y no democrática, forman parte, sin embargo, del manejo de sus tensiones internas. Recibir con honores a Castro y a Chávez, darles un trato cordial y abrirles las puertas de sus masas populares, pagar tributo a sus leyendas, considerarlos parte de la «familia», aunque sean una suerte de *enfants* –o, más bien–, *péres terribles* y no existan mayores coincidencias con ellos, es, por una parte, una cierta forma de lealtad con su propia historia (todos fuimos prosoviéticos y/o fidelistas, no somos ajenos al entrañable mito guevarista y, quien más quien menos, pasó por el marxismo-leninismo), y, por lo mismo, también un gesto hacia la ultraizquierda propia, que muchas veces es un verdadero incordio, para suavizar su reclamo y su beligerancia hacia gobiernos a los que reprochan su supuesta moderación, cuando no su «entrega al imperialismo».

Existe un factor cohesivo para las dos izquierdas: la política exterior norteamericana en general y en particular hacia América Latina y el Caribe, sobre todo ahora con Bush

Pero, además existe un factor cohesivo para las dos izquierdas: la política exterior norteamericana en general y en particular hacia América Latina y el Caribe, sobre todo ahora con Bush al frente de ella. Los gobiernos de izquierda, cada quien con su estilo y metas propias, poseen un propósito claro de colocar sobre nuevas bases las relaciones de sus países con EEUU. Desde luego, existen también considerables diferencias de estilo –así como de sustancia– entre las dos izquierdas. Chávez se regodea en un estilo chocarrero y bravucón en sus respuestas a las frecuentes alusiones del Departamento de Estado a su política, reproduciendo, en un contexto y condiciones históricas completamente diferentes, el discurso, comprensiblemente conflictivo, de Castro –quien tiene casi medio siglo enfrentando el anatema terrible de los gringos–, pero añadiendo de su cosecha algunas impropiedades, realmente provocadoras, impensables en el lenguaje del anciano líder cubano, que en estos asuntos sabe «darse su puesto». Chávez parte de un concepto falso, propio de la vieja izquierda: con EEUU no existe posibilidad de convivencia, es el enemigo por antonomasia. Ese concepto corresponde a la ideología de la Guerra Fría, cuando todos los partidos comunistas del mundo, y con ellos una parte de la izquierda no comunista, asumían como propia la estrategia soviética frente al coloso rival y eran incapaces de pensar su política frente a EEUU a partir de los intereses nacionales de sus respectivos países. Para la nueva izquierda, sobre todo después del desplome de la URSS, el asunto se plantea en términos mucho más complejos, que se pueden resumir en la ecuación «tensiones probables pero convivencia inevitable».



En estas condiciones, en un continente donde, más allá de las apariencias, no sanan las heridas abiertas por un siglo de incursiones de los *marines* en nuestras costas, ningún gobierno de izquierda permanecerá indiferente ante las presiones e iniciativas norteamericanas contra Chávez y Castro. De algún modo, quiérase o no, con contradicciones y desencuentros, ambos son parte, para la familia izquierdista, de una América Latina que busca construirse un destino común frente a la hegemonía norteamericana.

América Latina y el Caribe están alumbrando un nuevo capítulo de su historia, que no parece coyuntural y efímero, que atiende a las profundas corrientes de redención social que fluyen por los sombríos socavones de sus injustas e inicuas sociedades y, por tanto, posee una vocación democrática de perdurabilidad. Pase lo que pase con los gobiernos de la izquierda latino-caribeña, este continente ya no será el mismo. La hora de las grandes reformas sociales ha llegado y esta vez lo que está en pleno desarrollo ya no está determinado ni afectado por las contingencias de una confrontación bipolar a escala planetaria, que ya es historia, sino por las circunstancias específicas que ha ido macerando su largo y torturado devenir.